

LA TEORIA FINLAISTA

La teoría finlaista no interesaba; no era siquiera discutida y mucho menos objeto de controversias, con partidarios en pro y en contra. Era una genial concepción salvadora, pero necesitaba del tesón inquebrantable de un Finlay y de circunstancias fortuitas, para hacerse fecunda en aquel medio indiferente y hostil. Pero ello no empece para que la enunciación teórica debiera interesar a los hombres de ciencia de Cuba y del extranjero, en aquellos momentos de peligro para la salud pública.

“Sin la teoría —ha dicho Pasteur— la práctica no es más que una rutina adquirida por hábito. Sólo la teoría puede despertar y mantener despierto el espíritu de invención. A vosotros incumbe combatir la opinión de las mentes estrechas que desdeñan los conocimientos científicos que no son de inmediata aplicación. Cierta vez alguien preguntó a Franklin, que asistía la primera demostración de un descubrimiento teórico: Pero, ¿para qué sirve eso?, a lo que Franklin contestó ingeniosamente: ¿Y para qué sirve un niño que acaba de nacer?

Empero, nadie se interesó por la teoría finlaista como tal teoría; a nadie interesaba la grandeza potencial que podía significar para Cuba aquel hijo intelectual del genio de Finlay, ni los grandes beneficios que su confirmación pudiera representar para el género humano, ni el impulso que recibiría la ciencia. En último análisis, tampoco los titulados hombres de ciencia paraban mientes en las grandes implicaciones de la teoría de Finlay, aunque su autor cuidó de rodearla de todas las investigaciones y estudios históricos y etiológicos de las epidemias de la fiebre amarilla en el Nuevo Mundo con erudición brillantísima. Y por último, con rigor y método científico ejemplar, acompañó la teoría de la comprobación experimental de los hechos incuestionables. Y aún ante la evidencia todos permanecen impasibles, indiferentes, cuando no hostiles. Pero Finlay se crece ante la incomprensión. Diríase que gusta de la lucha —como en el ajedrez— seguro del triunfo final. “El carácter genial —ha dicho Stefan Zweig— no es irresponsable de sus sufrimientos, porque la misión que le fue adjudicada le hace aspirar místicamente a esta prueba del fuego para que sea extraída de él su fuerza postrera.”

No nos compadecemos, pues, de aquellos sufrimientos del sabio ni condenamos la estulticia del medio. Uno y otro estaban en su papel. Anotamos el hecho por cuanto tiene de acicate y de impulso para el genio del hombre, a quien su poderoso destino —completamente el símil de Zweig— lo arrastra lo mismo que la tempestad a la gaviota, cada vez con mayor poderío y más hacia lo alto.

La obra de Finlay fue producto del estudio de la observación, del análisis, de las investigaciones, de los experimentos. No fue obra de la casualidad como se ha querido hacer aparecer.

“La labor rendida por Finlay en fiebre amarilla —como muy bien dijo el doctor Antonio Díaz Albertini— es su obra cumbre. Fue Finlay en fiebre amarilla, historiador, patólogo, entomólogo, terapeuta, bacteriólogo; llenó el capítulo de la enfermedad, y yo que personalmente lo conocía, creo, con otros muchos, que en la clínica de la enfermedad era el primero en su tiempo y el que mejor la estudió y la conoció.”¹

La Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana, que se había constituido en el año de 1880 y la integraban distinguidos médicos de la ciudad, hubo de designar una comisión para hacer estudios acerca de la fiebre amarilla. Este nuevo organismo médico fue creado a raíz de terminar sus trabajos la Comisión Médica Americana que presidía el doctor Chaille, con el propósito de continuar las investigaciones iniciadas por los norteamericanos. Para presidir esta comisión fue designado el doctor Carlos J. Finlay, quien estuvo trabajando intensamente con los doctores Chaille, Stermberg, Guiteras y los otros médicos que tuvieron a su cargo la investigación conjunta de Cuba y Estados Unidos, para descubrir las causas de la fiebre amarilla y combatirla.

Inmediatamente que la Comisión abandonó la Isla de Cuba, Finlay se dió a la tarea de conducir las investigaciones y los trabajos experimentales por otros rumbos, abandonando un tanto la técnica y planes de trabajos seguidos hasta el presente, y celebró varios cambios de impresiones con los médicos integrantes de la misma. Pero allí habría de encontrar la misma resistencia, activa o pasiva, para admitir su teoría y comprobarla en el terreno experimental. Con las variantes de las nuevas circunstancias de presidente de la comisión, tuvo que enfrentarse con la misma obstrucción que en la Academia de Ciencias.

Sin embargo, no dejó de reunir la comisión y celebrar cambios de impresiones, esperando siempre alguna señal alentadora del despertar en los demás médicos de la misma fe que él sentía, la convicción en los demás comisionados de que estaban en la ruta cierta. Es decir, en marchar hacia el exterminio de la fiebre amarilla. Pero ahora, en la comisión, como ante el Congreso Internacional Sanitario de Washington y en su declaración pú-

blica ante la Academia de Ciencias, afirmando que el mosquito era el agente de transmisión de la fiebre amarilla, la frialdad era la respuesta de sus compañeros ante su dramática y reiterada apelación científica. Tampoco la comisión de la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana tomaba en consideración su teoría. También en su seno era ésta recibida como la elucubración de un obstinado.

Pero Finlay sigue laborando con el tesonero método del teutón. Es, como dijo el ilustre Dr. José R. Andreu, que la misión del genio es ésta: marchar con paso de precursor, establecer teorías y alumbrar conocimientos que los hechos harán después contingentes.

Y tres años después de haber leído su trabajo en la Academia, presenta ante la Sociedad de Estudios Clínicos (29 de Febrero de 1884) un nuevo estudio titulado **Fiebre amarilla experimental comparada con la natural en sus formas benignas**, donde hace conclusiones terminantes sobre la incubación de la enfermedad natural y sobre el diagnóstico, presentando casos tratados personalmente; después se refiere a la denominada experimental inoculada por medio de picadas de mosquitos, describiendo con amplitud de detalles el proceso de contagio que provoca este insecto por medio de sus trompas.

En este mismo informe el doctor Finlay presenta casos, señala nombres de los enfermos, hojas clínicas y cuantos detalles pueden ilustrar el análisis y el conocimiento profundo de cada caso, en particular y de la epidemia en general; tabla también de la inoculación fuera del foco epidémico, con las experiencias realizadas en el barrio de Los Quemados, en la finca San José, que utilizaban los Padres Jesuitas para recluir a los miembros jóvenes de esa comunidad religiosa recién llegados de la Península, a los fines de la aclimatación, y explica cómo fue practicada allí la inoculación de fiebre amarilla benigna, utilizando a unos de los mosquitos **culex** que había picado a un enfermo de este mismo mal; explica la inoculación dentro de la ciudad, para llegar a estas conclusiones: “La fiebre amarilla regular es inoculable en los días 3^o, 4^o, 5^o y 6^o de su evolución habitual, por medio de la picada del mosquito diurno de La Habana **Culex Mosquito, Robineau Desvoid**). Dicha enfermedad deja de ser trasmisible, por el medio indicado, en los dos primeros días y después del sexto de su evolución, cualquiera que sea la intensidad de los síntomas existentes en este su último período: la inoculación por una o dos picadas del mosquito no ha determinado, en ningún caso, otros fenómenos morbosos que los propios de la fiebre amarilla natural: que los resultados hasta ahora obtenidos nos autorizan a considerar la inoculación de la fiebre amarilla por una o dos picadas de mosquito como un medio plausible de

conferir, sin mayor peligro, la inmunidad contra las formas graves de dicha enfermedad para los que han de exponerse a la infección en los focos epidémicos, y del hecho de la inocuidad de la fiebre amarilla por las picadas del mosquito se desprende la necesidad de preservar a los enfermos atacados de esa infección contra las referidas picadas, a fin de evitar la propagación de la enfermedad.”

El propio doctor Finlay recuerda que en estos experimentos ha tenido la inteligente y constante colaboración de su apreciado amigo el doctor Claudio Delgado, y reconoce que sin su auxilio difícilmente hubiera podido dar cima a esta empresa.²

Sobre este trabajo del doctor Finlay ante la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana, ha dicho el doctor Guillermo Lage: “Para mí, dos trabajos fundamentales publicó Finlay en relación con su descubrimiento: el primero, es el clásico de la Academia en la sesión del 14 de Agosto de 1881, y el segundo, el que trata de la fiebre amarilla experimental en sus formas benignas. Científicamente hablando entiendo que este último trabajo es el más completo, el más acabado, el más acucioso y el que marca al clínico, al observador y al investigador, no obstante ser al primero de incuestionable trascendencia en los fastos médicos del mundo, en ambos encontramos, paso a paso, las dubitaciones, estudios, razones, pruebas, etc., de su descubrimiento, y se enderezan las dos a complementarse mutuamente.”³

Finlay desarrolla una actividad intensa sobre fiebre amarilla. Toda su vida profesional la ha dedicado a este trabajo de investigación. No habla de otra cosa. Estudia preferentemente todo lo relacionado con el mal amarillo. Su acción es constante para convencer y persuadir a todos sus colegas y hombres responsables del país y del extranjero del recto enfoque de su teoría del mosquito como agente de transmisión de la fiebre amarilla, para que trabajando sobre ella se perfeccionen las investigaciones y el método de control y prevención sanitaria. No busca lauros. Se afana sólo por servir a la ciencia y ser útil a los hombres. Por eso lucha. No insistir para sacar de la obstinación y de la ceguera mental a los que no quieren ver la señal salvadora, fuera crimen de lesa humanidad.

En el año de 1881, el doctor Carlos J. Finlay, realizó nuevos experimentos de vital importancia con soldados españoles acuartelados en la fortaleza de la Cabaña; inoculó a cinco de ellos, de los cuales cuatro resultaron enfermos positivos de fiebre amarilla, sin que hubiesen sido contagiados ninguno de los que intervinieron y presenciaron estos experimentos, en contacto con los enfermos, pero sin que mediara la picada del mosquito a ninguno de estos últimos.

Y así con la cooperación del General Blanco, Capitán General de la Isla de Cuba, el doctor Finlay realiza numerosos experimentos, confirmatorios todos de la solidez de su teoría, del éxito de sus trabajos de investigación.

Pero, como prueba terminante del aspecto comprobativo de la teoría finlaísta, anotemos el hecho de una inoculación que fue concluyente. En la calle Prado 52, donde el doctor Finlay tenía instalada su consulta, recibió un día un grupo de soldados españoles de La Cabaña para ser examinados. Todos ellos habían sido inoculados y no se les permitía salir, con la sola excepción de la visita periódica a la consulta del doctor Finlay.

Entre ellos se encontraba el soldado nombrado Francisco Beronet Mayarol, de 22 años de edad, que había llegado a Cuba el día 30 de Junio de 1881, individuo perfectamente sano, que no había sufrido fiebre de aclimatación y el que fue sometido a la prueba experimental de ser picado por un mosquito *culex* que dos días antes había picado a un enfermo de fiebre amarilla en la Quinta Garcini.

A los catorce días de la inoculación, fue informado el doctor Finlay por el médico del Hospital Militar, Dr. Félix Estrada, que el mencionado soldado Mayarol presentaba todos los síntomas de la fiebre amarilla albuminúrica típica.

Y así siguió Finlay contaminando soldados de la fortaleza de La Cabaña, a los Padres Jesuitas del Colegio de Belén de La Habana, y Monserrat, de Cienfuegos; así como a los Padres Carmelitas del Vedado. Pruebas experimentales todas, comprobación definitiva, pero sin despertar interés ni resonancia. El ambiente continuaba renuente a reconocer la evidencia, hostil, frío, escéptico. No obstante, el sabio va ganando terreno y acumulando experiencias y pruebas concluyentes.

Continuos trabajos presenta el doctor Finlay sobre este mal, como son: **Hematimetría en la fiebre amarilla. Colonias de tetrágenos sembrados por mosquitos. Relación entre los factores etiológicos y la evolución de la fiebre amarilla.**

Con la colaboración del doctor Claudio Delgado, presenta una **Estadística de las inoculaciones con mosquitos contaminados en enfermos de fiebre amarilla**, donde se informa con amplitud de detalles todo lo relacionado con las inoculaciones por el mosquito y sus resultados, todos favorables a la teoría finlaísta de la transmisión de la enfermedad.

Otros trabajos fueron dedicados a **Consideraciones acerca de un nuevo recurso terapéutico en el tratamiento de la fiebre amarilla**; y por el año de 1894, publica en la **Crónica Médica Quirúrgica** de La Habana, un nuevo ensayo titulado **Fiebre amarilla: estudio clínico, patológico y etiológico**, donde hace un resumen de

todos los trabajos de investigación y experimentación realizados, y cuales son sus conclusiones sobre el mismo.

En el año de 1895, publica otro trabajo titulado **El tetragonococo o tetracoco versátil y la fiebre amarilla y también Concordancia entre la filología y la historia en la epidemiología primitiva de la fiebre amarilla.**

Otro estudio que hizo entonces Finlay es el titulado **Los mosquitos considerados como agentes de transmisión de la fiebre amarilla y la malaria, donde dice:** “El desdeñado mosquito, denunciado por mí en 1881, viene llamando hoy la atención de distinguidos y sagaces observadores, quienes atribuyen a ese insecto un papel importante en la etiología y propagación de la malaria.” Y termina diciendo: “Con arreglo a las teorías del mosquito para librar a la Isla de Cuba de las dos plagas más terribles que azotan su suelo, pues, que declarar la guerra sin tregua al mosquito y rodear cada enfermo de fiebre amarilla o de malaria de todas las precauciones imaginables para que esos insectos no puedan contaminar en las personas ni en los productos infecciosos de los enfermos.”

En Febrero de 1887 presenta, en colaboración con el doctor Claudio Delgado, otro trabajo demostrativo de la necesidad de un laboratorio bacteriológico, y argumentando que la sola acción suya no lo puede realizar todo, por lo que necesita la cooperación de todos los elementos, afirmando que “la división del trabajo, poderosa palanca de los progresos de nuestro siglo, ha realizado grandes adelantos sociales, y su salvadora fórmula, aplicada a las ciencias de observación y en particular al estudio de la medicina, es seguro que producirá beneficios idénticos a los hechos brotar en otras manifestaciones del espíritu”.

Y abunda en la creación de un laboratorio microbiológico bajo la dependencia de la Real Academia de Ciencias.

La II Comisión Americana

El Departamento de la Guerra de los Estados Unidos, con fecha 23 de Abril de 1888, designó al doctor George M. Sternberg, que acababa de regresar del Brasil, donde había realizado estudios sobre fiebre amarilla, para que viniese a Cuba en idéntica misión investigadora. Esta designación dió lugar a la Segunda Comisión Americana para realizar estudios en nuestra Isla sobre fiebre amarilla.⁴

El Dr. Sternberg, que había sido secretario de la primera Comisión Americana en Cuba, permaneció en la Isla poco tiempo, no pudiendo realizar muchas investigaciones, de acuerdo con los planes que traía, pues su misión terminaba el 28 de Junio,

regresando entonces nuevamente a los Estados Unidos, donde fue comisionado para estudiar la misma enfermedad en Decatur, Alabama.⁵

Pero Sternberg tenía obsesión con Cuba y la fiebre amarilla, y en Febrero de 1899 solicita ser enviado nuevamente a la Isla para completar los estudios interrumpidos.⁶ Y Sternberg regresó a la ciudad de La Habana, teniendo como auxiliar a un gran médico cubano, el doctor Emilio Martínez. Es oportuno relacionar una carta que el Dr. Martínez dirigió, poco tiempo antes de morir, al doctor Pedro Nogueira, quien solicitó estos datos para el estudio que estaba realizando sobre Finlay y el descubrimiento del agente transmisor de la fiebre amarilla. Dice así la citada carta: "Que en Marzo de 1899, fui nombrado por el Dr. George M. Sternberg, auxiliar de su laboratorio en esta ciudad, para investigar las causas de la fiebre amarilla, que se estableció por orden del gobierno de los Estados Unidos con ese objeto. Mi misión consistía en llevar las historias de los enfermos de fiebre amarilla en los hospitales y hacer las autopsias de ellos a la muerte. Estas autopsias eran bacteriológicas y para comprobar anatómicamente las lesiones. Por un permiso especial del capitán general podía practicar estas autopsias inmediatamente después de la muerte. Operaba en el Hospital Mercedes y el Hospital Militar Español, situado en la calle Diaria y Suárez."

"Para preparar el material bacteriológico —continúa diciendo en su carta el doctor Emilio Martínez— obtuvimos el uso del laboratorio del doctor Francisco I. Vildósola, en su domicilio de la calle Habana entre Obispo y Obrapia. El laboratorio de trabajo se estableció en el cuarto del frente del Hotel Inglaterra, tercer piso. Lo equipó con todo el material necesario, incubadoras, jaulas de animales, microscopio, etc. Trabajó durante seis meses en este laboratorio y después el doctor Sternberg se trasladó a Baltimore, U. S., y le concedieron un laboratorio en el edificio de Fisiología del Hospital de John Hopkins. Allí le acompañé y trabajé con el Dr. Sternberg durante cuatro meses, para terminar el trabajo de clasificación y redactar la Memoria que presentó al gobierno de los Estados Unidos."

Tampoco esta labor del doctor Sternberg fue de resultados positivos para las investigaciones que se realizaban acerca de la fiebre amarilla. Este doctor Sternberg no creía en la teoría de Finlay. Distinguía en el orden personal, con mucho afecto, al médico cubano, a quien conoció cuando laboraban juntos en la Primera Comisión Americana, pero no aceptaba su teoría sobre el mosquito como agente transmisor de la fiebre amarilla.

Y Finlay seguía su labor pacientemente, sin decaimiento alguno. Su teoría tenía que abrirse paso franco algún día. Era cierta, y la verdad no puede ser negada todo el tiempo. Un día llega-

ria en que los más obstinados la reconozcan y proclamen... Para ese día, para culminar su misión, lucha sin tregua el médico cubano. No debe olvidarse que estos años son también los de la gran gesta heroica de la independencia de Cuba. Finlay comprende que ningún servicio para la patria puede ser mayor que aquel a que está entregado, y continúa su labor con esfuerzos redoblados.

Aprovechando la celebración del Congreso Médico Mundial de Chicago, efectuado en 1893, y el Octavo Congreso Internacional de Higiene de Budapest, en 1894, envía interesantes y amplios trabajos sobre la fiebre amarilla, sobre el mosquito como agente de transmisión, e indica las medidas sanitarias que deben adoptarse para exterminar el mosquito, y librar así a las poblaciones del terrible azote del mal amarillo.

Finlay no descansa en su empresa. Y en Diciembre de 1898, cuando se celebra en La Habana una reunión de miembros del ejército de los Estados Unidos, el doctor Finlay se presenta ante la asamblea, solicita la venia para hablar, y hace una amplia explicación de su teoría y señala los medios eficaces para destruir los focos de mosquitos *culex*, que son precisamente los que transmiten la fiebre amarilla, los vehículos de contagio que llenan de pavor las poblaciones y siembran la muerte a su paso.

Pero la indiferencia sigue predominando. Nadie le hace caso al doctor Finlay, sino es para burlarse a sus espaldas del “hombre del mosquito”. No lo contradicen. No quieren discutir sus doctrinas. No ha llegado aún la hora dramática de romper el hielo de la humana incredulidad y resistencia al progreso. Mas Finlay no vacila ni se detiene, pues como afirmó Buffon, el genio es la paciencia.

NOTAS

- 1 Díaz Albertini, Dr. Antonio, **Finlay y la Medicina Tropical** en la obra **Cursillo de Historia de la Medicina**, publicación del Ateneo de La Habana.
- 2 **Trabajos selectos del Dr. Carlos J. Finlay**, publicación de la Secretaría de Sanidad y Beneficencia.
- 3 Lage, Dr. Guillermo, **Controversia sobre la Fiebre Amarilla**. (Premio “Finlay-Delgado” de la Asociación de Dependientes, 1947.)
- 4 Orden No. 93, de 21 de Abril de 1888, del Departamento de la Guerra de los Estados Unidos.
- 5 Orden No. 224, de Septiembre de 1888, del Departamento de la Guerra de los Estados Unidos.
- 6 Orden No. 30, del Departamento de la Guerra de los Estados Unidos, de fecha 4 de Febrero de 1899.